

CARTA OCTAVA
DE LOS LAMENTOS POLÍTICOS
DEL POBRECITO HOLGAZAN

á Don Servando Mazculla.

¡Qué bien se torea desde la barrera, señor Don Servando, y qué fácil es dar consejos al enfermo cuando uno está sano! Como no es sobre las costillas de Vmd. donde descargan los palos, sino sobre las del nieto de mi abuela, por eso no halla reparo en que dispare cartas y mas cartas para divertir los ociosos de su tertulia, aunque se incomoden y fastidien los de las demas. En una palabra, Vmd. quiere que yo me eche con la carga y haga oídos de mercader, sin considerar que tanto puede ir el cantarillo á donde Vmd. sabe, que al fin y al cabo se haga añicos. Cada uno, amigo mio, tiene su alma en su cuerpo; y cuando hay muchos contra uno vuélvome grullo: dígolo porque así como á Vmd. le han enviado copias de las cartas que me dice, á mí tam-

bien me han llegado después otras dos originales que pueden arder en un candil, de suerte que los días de correo estoy todito azorado, y sin atreverme á tomar el chocolate hasta saber si hay carta ó no hay carta, por miedo de que se me indigeste. Y no es esto lo peor, sino que de cuando en cuando intentan hacerme creer que se me han de aparecer de noche las sombras de los Padillas, y las de otros varios héroes no menos ilustres, y me han de mandar con ceño que cante la palinodia. ¡Ojalá se aparecieran, no en mi alcoba, sino en la puerta del Sol, que yo les indicaria cuáles eran sus verdaderos devotos! Pero mas vale dejarlo, porque salgo de mi estilo.

Ello es que todos me conocen, y parece que estan enterados hasta de algunas aventurillas galantes de mi juventud. El que me las echa en cara no creo que las escupe, porque sin acordarse siquiera de que venia de *ofrecer la hostia de propiciacion al cordero inmaculado*, dice con mucha frescura, y con *cristiana despreocupacion*, que estas cosillas me hacen honor. Viva siglos in-

finitos esté modo de entender el honor, y esta nueva manera de impugnar la quinta carta: yo apuesto á que se les caia la baba á los ilustres mártires de ver la compuncion del religioso, y las ideas tan estrañamente liberales que le habian acompañado al altar. Pero lo que me hace mas gracia en este y en todos los impugnadores, es que depues de haber dicho cuanto saben y cuanto ignoran, me amenazan con decir todavía mucho mas en caso de que les hurgue. A propósito es el niño para dejarse arredrar con amenazas pomposas: sepan estos señores desde hoy para en adelante, y por todos los siglos de los siglos, que los hurgo y hurgaré, y los tengo por hurgados y por rehurgados en todo lo que les parezca hurgable, sin que me importen un bledo sus amenazas, sean por el estilo que quieran: ¿están Vmds? Pues listo; poco ruido, y manos á la labor.

Digo pues, amigo mio, que me voy reconciliando con ciertas cosas del dia, porque veo que no desemejan mucho de las que se usaban antiguamente, y que tan mal decian ellos que parecian á

todos. Oí censurar mil veces la indiferencia y desden con que nuestro juiciosísimo gobierno miraba las empresas públicas, cuya utilidad ponderaban todos hasta los cielos, mas bien creo yo por mañana, que porque lo sintiesen así. Al verlos hacer exclamaciones sobre el abandono en que yacen los canales y caminos, no parecia sino que nuestros antiguos ministros eran algunos imbeciles que desconociendo su utilidad, no encargaban su direccion mas que á quien les daba la gana. En verdad que eso no es mas que hablar por hablar, porque todo el mundo sabe que así en estas materias como en otras muchas se elegia lo mejor y lo mas bueno, sin acepcion de personas. Vea cualquiera imparcial el estado en que se hallan á lo menos los canales, y conocerá al momento que no se ha perdido ripio. Yo no sé como andará ese negocio entre los ingleses y franceses, pero lo que puedo decir, para gloria de mi patria, es que el canal de Castilla fue acaso el primero que se empezó en Europa, y es cosa sabida que aquello que se empieza ya se puede decir que **esté** me-

dio acabado. Verdad es que todavía ni se riega un palmo de terreno, ni se transporta sino muy poco trigo en una cortísima estension; pero es menester hacerse cargo de que en un siglo se puede hacer muy poco en esas cosas, y que acá no gustamos de atropellamiento, sino de que todo se haga con pulso, y como Dios manda. Esos empleos de directores de obras científicas se está cayendo de su peso que vayan por rigurosa antigüedad, lo primero porque así no se yerra nunca, y lo segundo, porque son unas salidas muy decentes para los señores oficiales mayores de la secretaría de estado. Pues no faltaba mas sino que se anduvieran buscando con un candil los ingenieros, los hidráulicos, y otros avechuchos, para que con sus manos lavadas se vieran á tomar sesenta ó cien mil reales de sueldo sin haber sido en toda su vida mas que unos meros estudiantes. Un oficial de secretaría lleva consigo la presuncion de que entiende la materia, como que está acostumbrado á tratar con gentes de tono, y á estractar expedientes y copiar notas diplo-

máticas, con que mire Vmd. si entenderá la parte científica y económica de un canal ó de un camino público. Además de que ¿no ha visto Vmd. en todas las catedrales y colegiatas un coro de gente de voz gorda, que en unas partes se llaman becerros, en otras veinteneros, y en otras sorchantres, los cuales estan encargados de lo material del canto, mientras que los canónigos y demás capitulares les acompañan en voz baja? Pues del mismo modo los directores de canales y caminos tienen tambien su coro de comisarios, que son los que dan el verdadero tono á las obras, y dirigen é inspeccionan los trabajos, mientras que los señores directores cumplen con hacer en este negocio el papel de canónigos. Esto está puesto en razon; y así, lo mismo que se hacia antes, se sigue y seguirá haciendo aunque viniera á gobernarnos el mismo Girifalte, porque esta es la costumbre, y caiga el que caiga.

Por acá todos andamos con el patriotismo á vueltas, y tales vueltas le damos que no le vemos siquiera. Hay algunos patriotismos, que sin que sea

vanidad y aunque me esté mal el decirlo, me atrevia yo á tenerlos en menos que canta un pollo. Unos llaman patriotismo la manía de hablar gordo en cualquiera concurrencia, y es claro que el que mas grita se hace oír desde mas léjos: un patriota de esta clase si tiene pocos pulmones no tiene que prometerse hacer una gran carrera, porque al momento se le sospechará de moderado ó acaso acaso de servil. Poco importa lo que él diga con tal que lo que dijere le ocasione una ronquera para dos ó tres semanas; esa ronquera es honrosa, y prueba que el que la tiene ha tenido quien le escuche, y esto de que á uno le escuchen es una tentacion muy difícil de resistir.

Otros la toman por entrar y salir mucho en casa de los mandones suponiendo el tú por tú y toda especie de confianzas. Nunca dicen que se acuestan hasta las dos de la noche porque ocurrió un asuntillo en que les pidieron su parecer, y aunque ellos no se quisieran meter en nada, con todo es indispensable ayudar á los amigos en cosas que no conviene que pasen por

otras manos. El ministro es un pobre hombre, dicen ellos, y no se resuelve á nada; si tomára mis consejos, las cosas irian de otro modo, pero ya llegará dia en que conozca cuán cierto era lo que yo le pronosticaba. El Rey quiere conocerme, pero yo nada ambiciono; iré algun dia á la corte, mas no tienen que pensar en hacerme aceptar ningun destino, porque conozco mucho el mundo, y sé lo que son revoluciones. El otro dia sin ir mas léjos me dieron un grandísimo susto porque vinieron á decirme que me habian hecho gefe político de tal parte: pasé á asegurarme de ello á la secretaría, pero supe que era falso. No diré que aquel empleo no le hubiese yo aceptado, porque en efecto se puede hacer mucho bien á la Patria, y entonces ningun ciudadano debe resistirse; pero como esta gente no tiene tino probablemente, se le darán á algun otro que no sabrá desempeñarle, y asi vá todo.

Otros con menos modestia y mayor ingenuidad han llegado á persuadirse que en efecto se les debe de justicia todo cuanto esté vacante, y cada provi-

sion que se hace se les figura que es un escándalo horrible, de que debiera dárseles una pública satisfaccion. Estos por lo regular es buena gente, porque al momento descubren la hilaza y se conoce del pie que cojean; apenas se arriman á un corro todos empiezan á guiñarse y á sonreirse, y el mas aficionado á la broma le toca la especie, y ya tiene Vmd. á nuestro hombre dando que reir á media docena. Como nadie se mete en contradecirles, ellos siguen hablando y se acaloran, van á casa, forman un memorial, se niega; forman otro, vuelve á negarse; y asi pasan esta temporada diciendo mil pestes de la junta y de los ministros, y pidiendo pesosduros prestados hasta mejorar de fortuna.

Otros están confitados en que con dar un silvido tienen al pueblo por suyo, y que en cuanto se amostazen no ha de quedar hombre á vida. Regularmente estos tales son ociosos por oficio, y con pasar de una tienda á otra, y que algun pobre artesano le salude cortesmente, basta para que se crean que son otros tantos *Graccos* capaces

de formar una revolucion cada semana. No me cogiera de nuevo que los tales señoritos acabasen su carrera como la acabaron aquellos, porque en efecto ellos harán cosas dignas de eterna memoria; pero entretanto me agradan porque son los temerones, y mientras los tengan miedo, no hay que dar cuidado de las leyes ni de la Constitucion; porque ni ésta se planteará de ningun modo, ni aquellas serán atendidas ni aplicadas.

No ha dejado de hacerme gracia lo que Vmd. me escribe acerca de los nombres de los platos que contenia aquella lista; pero ya que Vmd. me dice que en su tertulia se devoran muchos papeles, no puedo ménos de hacerle un empeño y valga por lo que valga; el caso se reduce á que unos cuantos amigos á quienes aprieta el hambre, tanto poco mas ó ménos como á mí, han formado el proyecto de dar á luz un periódico, que segun ellos dicen, va á dar en tierra con todos ó los mas que se publican en esta capital. No sé como se han compuesto para encontrar quien adelante el dinero necesario para los

primeros números, pero la principal dificultad está en que no parecen suscriptores. Por eso me han encargado que escriba con mucha instancia á todos mis conocidos como que yo tambien intereso porque he de ser el escribiente. Ya se han juntado varios dias en mi casa y nos hemos distribuido por barrios para pedir suscripciones como quien pide limosna para los pobres de la cárcel. Esta demanda no ha producido cosa mayor; pero con todo no se han desconsolado mis amigos, porque dicen que en cuanto salga á luz el género lloverán suscriptores como moscas. El caso es primeramente ponerle un título que llame la atencion y despierte la curiosidad que empieza á estar algo dormida, y para eso cada uno hemos dado nuestro voto. Yo propuse que se llamára *el Azufrador*, porque quisiera que oliese algo á mi antiguo y malogrado oficio; pero no fue aprobado mi pensamiento por parecerles que no caracterizaba bien el espíritu de su periódico. Otro voto se inclinaba á que se escogiera el de *Cacareador*; pero tampoco fue adoptado por causa de

las dos primeras sílabas: por último despues de muchos dictámenes y no pocos gritos se convinieron en llamarle *el Destructor*, y á mí no me disgustó la idea.

Hecha esta primera diligencia como la mas principal, se trató de preparar los materiales necesarios para llenar un pliego entero, diario, de letra clara y legible, pero en esto no ocurrió la menor diferencia de pareceres, porque concordaron todos en que se iria azinando todo cuanto se encontrase en los papeles franceses y nacionales, se copiarían proclamas, arengas y manifestos, y aun no faltó quien propuso que se insertáran algunas recetas de las boticas para bien de la humanidad. No hay que dar cuidado, decia el mas vivaracho de entre ellos por lo que hace al cuerpo del periódico, que no faltarán materias aunque supiera que habia de ir á buscarlas al hospital general; lo que yo quiero antes de todo es que hagamos juramento de no perdonar á nadie de cuantos nos hagan sombra. Declaremos guerra abierta á todos los periodistas; si ellos estampan

razones, nosotros estamparemos desvergüenzas; si ellos hablan con moderacion, nosotros no la tendremos nunca; si su language es correcto, el nuestro ha de ser desaliñado y casi siempre de taberna, porque esto les gusta á muchos. No hay mas que afilar las uñas, y que desde el rey abajo tiemble todo hombre de bien de ver su reputacion en nuestras manos. Si alguna vez nos da la tentacion de aplaudir algun decreto ó resolucion del gobierno, cosa que debemos economizar mucho, ha de ser únicamente cuando éste exprese su cólera, y jamás cuando se explique con indulgencia. Sangre y persecucion ha de ser nuestra divisa, y este es el modo seguro de que nos tengan por patriotas consumados.

Sobre todo, procuremos echar el resto de nuestro temperamento bilioso en los *artículos comunicados*, porque ahí es donde se luce y se campea. ¿Pero quién quieres que se comunique con nosotros, le replicó otro de los amigos, si no hay una alma que nos conozca, ni mucho menos que nos aprecie? Valiente reparo, dijo el vivo: ¿hay mas que comu-

nicarnos unos con otros, puesto que nos conocemos, y escopetearnos de firme como si no nos apreciáramos? Lo que importa es el silencio, y que cada uno tomemos un mote que nos distinga y nos marque en el público, porque si andamos con iniciales ó berengenas, y caen en quienes somos, no se pasan ocho dias sin que nos escupan á la cara. Yo por mi parte me voy á llamar *el jaque*: tú, que eres un poquito resmellado, te has de llamar *mediodiente*; y el señor, que tiene bastantes narices, se puede firmar *el narigudo*. Cuadróles á todos el pensamiento, y dándose unos á otros la enhorabuena, se separaron muy contentos, yéndose cada uno á pegarla en diferente mesa, ínterin llegaba la deseada hora de repartir las ganancias. Con que, amigo, no eche Vmd. en olvido mi encargo, siquiera por caridad hácia mí, y hácia estos jóvenes desgraciados, que prometen mucho para en adelante, como lo dirá el periódico.

En caso de que esta idea no salga como pensamos, cosa que me temo mucho, es preciso que Vmd. haga todo lo posible por proporcionarme alguna ad-

ministracion de algun rico mayorazgo, porque segun van las cosas, no hay puerta que no se me cierre, ni puesto que no esté ocupado. Yo nací en tan mala estrella, que á ninguno de mis ascendientes se le puso en la cabeza fundar ni siquiera un mediano vínculo que sirviese para perpetuar el lustre de nuestro nombre. Esta desgracia, junta con la inclinacion que de padres á hijos hemos ido heredando de no movernos á nada, nos ha puesto en el estado que Vmd. ve, y del que si no me saca pronto algun alma caritativa, vendré á parar con toda mi chiquillería á la puerta de algun convento. ¡Qué dichosos son aquellos que desde el vientre de su madre saben que toda su vida los han de llamar de *Don*, y que desde chiquititos han de tener ya dominio sobre todos sus hermanos! Me parece que si yo hubiera tenido esta dicha, no habia de caber en el mundo: porque, diga Vmd., amigo ¿no es cosa de volverse loco de puro gozo al ver que aunque ataquen las viruelas y el sarampion á media docena de hermanitos, apenas se asustan sus padres la

mitad de lo que se inquietan cuando le duele la cabeza al mayorazgo? ¿No ve Vmd. como encargan á los criados que traten con particular respeto al señorito primogénito? ¿No nota Vmd. como se le hacen á él los mejores vestidos, aunque los demas hermanos anden con los codos rotos? Aun en medio de sus juegos se procura sábiamente que tenga el primer lugar aquel que lleva la casa, como que el dia menos pensado podrá plantar en la calle á todita la familia, empezando por su madre.

Confieso que me da rabia cuando oigo á tantos ignorantes clamar como unos energúmenos contra una cosa tan buena y tan conforme con la naturaleza. ¿No estamos viendo á cada paso hasta en los perros y gastos que naturalmente se inclinan á engordar y acariciar alguno de sus hijos, y que abandonan á los demas? ¿Pues por qué razon los hombres han de privarse á sí mismos de esta santa libertad? ¿Cómo quieren que se conserve el lustre de las familias si cada uno de los hijos toma la misma porcion que otro, y no hay quien

se lleve la primacía? Yo creo que ninguno de esos declamadores son ni siquiera segundones de alguna casa rica, porque como ellos lo fueran, de otro modo se explicarían. Ahora vea Vmd. ¿en qué hubieran parado los nombres de nuestros antiguos héroes, si sus descendientes, ya que no eran otros tales, no hubiesen tenido á lo menos unos pingües mayorazgos? Pues qué, ¿no hay mas que trabajar cada cual para sí mismo sin acordarse de los que han de venir al mundo diez siglos despues? Buenos estarían esos campos si se halláran repartidos en pequeñas porcioncitas que cada una perteneciese á un pobre pehujalero, y que cuando alguno pasa no pudiera conservar en la memoria los nombres de tanto propietario. ¡Cuánto mejor es ahora, que en montando uno á caballo camina leguas y leguas sabiendo que todo aquello pertenece al duque de tal, ó al marques de cual, ó á los monges de tal órden! Como que no hay mas que mirar el cultivo, y al instante se conoce la hacienda de un mayorazgo..... Muy mal harían las Cortes en meterse á dar permiso para que na-

die vendiese, sino antes por el contrario lo que debian mandar era que en cada familia donde hubiese mayorazgo, todos los bienes que entráran por cualquier via que fuese, quedasen *ipso facto* vinculados, sin que nadie mas que el primogénito pudiese reclamar una hilacha. Sobre que hasta esa costumbre de dar alimentos á los segundos ó inmediatos, me parece á mí un abuso malamente introducido, que se debiera quitar á toda prisa, como que perjudica visiblemente los sagrados intereses del hermano mayor.

Le aseguro á Vmd. amigo, que hay ciertas cosas á las cuales cada dia las tengo mas apego y aficion sin poderlo remediar; lo mismo que me sucede con los mayorazgos, lo experimento acá dentro respecto de los beneficios simples. Estoy dudoso á cuál de las dos cosas me tiraria si me diesen á escoger..... casi casi mas me inclino á estos que á aquellos, porque á lo menos se ven libres de muger y de chiquillos legítimos, que nadie sabe lo que le abruman á uno con su maldita legitimidad. Si se mira á buena luz, un hom-

bre que se casa, aunque sea mayorazgo, con nada tiene bastante, porque todo se consume con tantas obligaciones; pero el hombre afortunado que llega á pescar un buen beneficio simple, diga Vmd. que le entren moscas. Aquello es lo que se llama reirse del mundo entero y no tener que pensar mas que en darse buena vida. En comprando su breviario, y nombrando un administrador que siempre le dé adelantada la renta del beneficio, quedan desempeñadas todas las obligaciones que le pueden ocurrir aunque viva noventa años. Tiene ademas la ventaja de que desde chiquiticos están ya todos dispuestos á servir este destino con tanta facilidad como un barbado, y aun en cierto modo hace mas gracia ver á un angelito de siete ú ocho años con su coronita y un vestidito negro, saberse ya ganar cuarenta ó cincuenta mil reales mientras empieza la gramática ¡Ay, si yo pudiera ver á mi Rupertito incorporado en esta carrera, sería capaz de comermelo á besos, y lo mismo me dice su madre cuando hablamos de estas cosas! Pero asi ella como yo tenemos tanta desgracia que ni siquiera hemos

podido conseguir que le nombren para una capellanía de estas que se llaman colativas, y que apenas hay Señor que no provea quince ó veinte. ¡Vaya por amor de Dios; unos tanto y otros tan poco! mas no por eso pierdo la esperanza de verlo colocado, porque si la suerte ó mi mala ventura hacen que desaparezcan de España estas utilísimas carreras, siempre han de quedar algunas otras en que se pueda ganar la vida sin trabajar, que es á lo que aspiramos todos los amigos del antiguo régimen.

A Dios señor Don Servando, queda suyo afectísimo de todas veras

El Lamentador.

VALLADOLID:

IMPRESA DE ROLDAN AÑO 1810,

donde se hallará con las anteriores.